

POEMAS PARA NO PERDERLO TODO

José Antonio BALBONTÍN, *A la orilla del Támesis (Poemas del destierro)*, edición de Aitor L. Larrabide, Santa María de Cayón (Cantabria), Ayuntamiento de Santa María de Cayón, 2005.

José Domingo DUEÑAS LORENTE
Universidad de Zaragoza

En la víspera del 70º aniversario del inicio de la guerra civil española, y cuando han transcurrido más de sesenta y cinco años del exilio masivo de 1939, siguen apareciendo *cum granu salis* primicias de lo escrito por los transterrados, aquella «España peregrina», según la afortunada denominación debida al parecer a José Bergamín, cuyas páginas y esfuerzos nunca podremos recuperar del todo. Hace unos años era lamentación común entre los estudiosos de la literatura el todavía deficiente conocimiento del trabajo creador de quienes habían salido de España. Hoy, tras numerosas iniciativas de grupos de investigación, varios congresos en torno sobre todo a 1999, publicaciones, etcétera, sabemos sin duda mucho más de aquellos que se vieron empujados a abandonar su país al perder la guerra civil, y todavía siguen apareciendo biografías y estudios sobre la diáspora de 1939. Pero se ha de pensar, no obstante, que la producción del exilio, por su propia naturaleza, está condenada a ser conocida de modo siempre incompleto.

Nos ocupamos aquí de la primera edición de un libro concluido hacia 1970, una colección de poemas que llevaba varias décadas, por lo tanto, aguardando el momento propicio o la mano amiga que la empujara a la luz. Esta circunstancia se da ahora sobre todo por el empeño de su editor literario, el estudioso Aitor L. Larrabide, quien ha rastreado numerosas fuentes esparcidas en muy distintos lugares, ha tenido acceso al archivo familiar del autor, José Antonio Balbontín Gutiérrez (Madrid, 1893-1978), ha consultado buena parte de su correspondencia o ha recogido sus abundantes intervenciones parlamentarias durante el periodo republicano. Larrabide advierte a los lectores de que hasta la publicación de *A la orilla del Támesis* solo otro libro de Balbontín, la recopilación de poesía de juventud titulada *De la*

tierruca, se podía encontrar actualmente en el mercado. *De la tierruca* apareció en 1999 con el sello de la Universidad de Cantabria e inserto en la colección «Cantabria 4 Estaciones». Hay que observar, pues, que tanto la publicación de aquel libro como la de este que tratamos ahora se deben a ese afán de recuperación cultural de lo propio que se practica con muy diferentes propósitos en España desde los ámbitos autonómicos o locales y que ha servido entre otras cosas para difundir numerosas obras —no siempre menores— de otros tantos autores. La dinámica editorial a gran escala que marca hoy la nómina de grandes tiradas y colecciones está demasiado sujeta a las normas del mercado, demasiado pendiente de los supuestos gustos del día o del deseo de dar con un superventas como para atender a otros asuntos.

José Antonio Balbontín, hijo de la burguesía madrileña acomodada y cultivada, y con raíces familiares en Cantabria por parte de madre, fue un poeta precoz, un escritor pródigo y de intereses enormemente variados, pero sobre todo fue conocido en su tiempo como político obstinado en la defensa de la causa republicana desde decididas y variadas posiciones de izquierda. Fue activo parlamentario en las Cortes republicanas, magistrado durante la guerra y ministro en Londres del gobierno republicano en el exilio. Regresó a Madrid en 1970 ante el delicado estado de salud de su mujer, María Muñoz Cenzano, y del suyo propio. Balbontín mantuvo correspondencia con grandes personalidades de su época como Bertrand Russell, Gerald Brenan, Blasco Ibáñez y, por supuesto, con destacados republicanos en el exilio como Claudio Sánchez Albornoz, Luis Jiménez de Asúa, Fernando Valera, Félix Gordón Ordás, etcétera. Al final de su vida, después de una atribulada trayectoria política que le llevó a militar en varias ocasiones en el Partido Comunista y en otros partidos de la izquierda republicana, se identificó sobre todo, según constata Aitor L. Larrabide, con el humanismo liberal de Giner de los Ríos, el regeneracionismo institucionista que había sido por otra parte una de sus primeras referencias ideológicas importantes. En definitiva, Balbontín trazó con pasión y empeño una trayectoria vital e intelectual muy personal pero a la vez muy de su época, paralela en muchos sentidos a las de otros escritores de su tiempo: Ramón J. Sender, Ángel Samblancat, Felipe Alaiz o César Falcón siguieron por ejemplo, cada uno a su modo, caminos próximos, siempre provistos de un notable afán de conocer, un elevado sentido de lo humano y una defensa insobornable de la justicia social. Quienes nacieron a finales del siglo XIX y principios del XX se vieron abocados a una época apasionante y turbulenta como pocas, en todos los órdenes de la vida: guerras coloniales, dos conflictos mundiales, la irrupción del fascismo y del comunismo de Estado como modos de gobierno, el uso de la energía nuclear como arma destructiva, etcétera.

En España, en particular, fueron además promociones que se vieron por primera vez en la tesitura de incidir en las conciencias de sus coetáneos a través de la revista, el periódico, el libro social, y no desaprovecharon la ocasión para tratar de arrebatar a la Iglesia católica su colosal influencia entre las clases medias y obreras. Balbontín pasó, como señala Larrabide, de un fervoroso catolicismo en su juventud a un firme anticlericalismo más tarde por un radical desacuerdo con las posiciones

sociales de la Iglesia, y en el exilio el problema religioso, la incertidumbre ante el destino humano, la perplejidad ante la existencia o no existencia de Dios vuelven a sus páginas. Fueron autores, por otra parte, convencidos de que el progreso social y científico —no se olvide que el marxismo, que alimentó intelectualmente a muchos de ellos, se percibió como una teoría científica con una enorme capacidad de predicción social— aproximaría la vida humana a una suerte de paraíso terrenal. Otro sueño del que fueron desengañándose en mayor o menor medida con los años. En este sentido, ahí quedan los textos de Balbontín en torno a la posibilidad de la aniquilación nuclear, por ejemplo. José Antonio Balbontín cultivó enseguida, en los años veinte, una poesía que se ha calificado de social; fue de los primeros en atreverse en España con la novela comprometida, y muestra de ello es *El suicidio del príncipe Ariel* (1929), obra reseñada en *El Sol* por su amigo Ramón J. Sender con no pocas precauciones y reticencias. Además el escritor madrileño cultivó el teatro y en su exilio londinense fue traductor profesional y autor sobre todo de ensayos y poemas.

A la orilla del Támesis recoge poesías escritas, según Larrabide, entre 1939 y 1970, una suerte de crónica intelectual y sentimental de casi todo el exilio del autor, por lo tanto. Como han sugerido algunos estudiosos y no desmiente el editor de la obra, los poemas de Balbontín en Londres comportan sobre todo un valor testimonial, no tanto literario. La huella de Machado es patente antes que ninguna otra y Balbontín sigue a menudo pautas métricas tradicionales y se sirve de la poesía como desahogo, como remanso intelectual de otras actividades. No quiere decir ello que la poesía fuera para él una tarea menor, pero sí una dedicación secundaria con respecto a su trabajo político y ensayístico. Esta circunstancia explica que no se perciba una clara evolución en sus poemas a pesar de haberlos escrito a lo largo de treinta años; su manera expresiva se mantiene fija en lo fundamental: se trata de una poesía de tono reflexivo más que emotivo, de imaginación reducida y sometida al dictamen del pensamiento, de temática religiosa, política, íntima a veces, pero en estos casos siempre sujetando con mano firme el afán confesional. Con todo, hay que decir que se trata de un libro abundante en pequeños logros poéticos y provisto de unos cuantos poemas que justifican sin duda la recuperación de este título inédito hasta ahora. Por otra parte, hay que encomiar la pulquérrima presentación del libro en el marco de la colección «La Sirena del Pisueña» y sobre todo es de justicia hacer énfasis en el trabajo de rescate y de estudio minucioso de Aitor L. Larrabide, en virtud del cual la obra y la figura intelectual de Balbontín pueden quedar en condiciones de ser cabalmente conocidas y reubicadas en nuestro tiempo.